

NEIL GAIMAN
MICHAEL REAVES

CON MALLORY REAVES

EL SUEÑO DE PLATA



Tras dominar su capacidad para caminar entre mundos, Joey Harker y sus colegas, junto a quienes combate por la libertad de InterWorld, tienen una misión: mantener la paz entre la magia y la ciencia, potencias rivales que persiguen el control de todos los mundos.

Cuando una extraña llamada Acacia Jones sigue a Joey de vuelta a InterWorld, la situación se complica. Nadie sabe quién es ni de dónde viene, o cómo sabe tanto acerca de InterWorld.

El peligro acecha a Joey y su misión. Un traidor se ha infiltrado entre ellos y si Joey tiene alguna esperanza de salvar InterWorld, el multiverso y la misión, va a tener que confiar en su intuición, y también, en la misteriosa Acacia Jones.

Índice de contenido

Cubierta

El sueño de plata

Acerca de la obra

Guía de Caminantes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Acerca de los autores

Notas

Para Mallory, con todo el cariño de Michael y
Neil.

«Lo que *InterWorld* consigue recrear con exactitud es el miedo infantil de que si nos encontramos fuera de nuestro entorno y alejados de nuestras familias durante demasiado tiempo, nuestras familias y aquellos a los que amamos podrían acabar por olvidarse de nosotros e incluso podría ser que nunca consiguiéramos volver. El propósito de la novela no es hacer que este miedo tenga una base sino darle a los lectores un irresistible incentivo que para que ellos solos quieran dar esos primeros pasos en los mundos impredecibles que les esperan...»

THE NEW YORK TIMES



GUÍA DE CAMINANTES

EQUIPO DE JOEY

Joey Harker J/O HrKr: varón, versión ciborg de Joey, algo más joven que él.

Jai: varón, oficial de rango superior. Espiritual, le gustan las palabras rimbombantes.

Jakon Haarkanen: hembra, tiene aspecto de lobo.

Jo: hembra, tiene alas blancas, solo puede volar en los mundos donde hay magia.

Josef: varón, procede de un planeta más denso. Grande y fuerte.

OTROS CAMINANTES DESTACADOS

Jaya: hembra, cabello pelirrojo dorado, voz como la de una sirena.

Jenoh: hembra, parece un gato. Traviesa.

Jerzy Harhkar: varón, ágil y con aspecto de pájaro, tiene plumas en lugar de cabello. Fue el primer amigo de Joey en la base.

Joaquim: varón, Caminante nuevo.

Joliette: hembra, parece un vampiro. Mantiene una amistosa rivalidad con Jo.

Jorensen: varón, oficial de rango superior. Afable y taciturno.

PROFESORES Y OFICIALES

Jaroux: varón, el bibliotecario. Ama el conocimiento, es afable y extravagante.

Jayarre: varón, profesor de cultura e improvisación. Alegre, carismático.

J'emi: hembra, profesora de lenguas básicas.

Jernan: varón, intendente. Estricto y muy quisquilloso con el equipamiento.

Jirathe: hembra, profesora de alquimia. Su cuerpo está hecho de ectoplasma.

Joeb: varón, líder del equipo, oficial de rango superior. Despreocupado, de actitud fraternal.

Jonha: varón, oficial. Procede de un mundo mágico. Su piel es como la corteza de un árbol.

Jorisine: hembra, oficial. Procede de un mundo mágico. Parece una elfa.

Joseph Harker (el Anciano): varón, el líder de InterMundo. Es una versión de Joey mayor que él. Severo, tiene un ojo cibernético.

Josetta: hembra. Es la secretaria del Anciano. Afable, muy organizada, sensata.

Josy: hembra, oficial, tiene el cabello largo y dorado con cuchillos trenzados en él.



CAPÍTULO UNO

LLAMADME JOE.

Por favor.

No es que tenga nada contra Joey, es un nombre tan bueno como cualquier otro y ha cumplido perfectamente con su función durante los primeros dieciséis años de mi vida. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que tengo dieciséis años, casi diecisiete, y ya no me reconozco en el diminutivo Joey. Aunque tampoco es de extrañar, teniendo en cuenta que he conocido más versiones de mí mismo que clones hay en *Star Wars*. Si me paro a pensarlo, yo diría que estoy atravesando la mayor crisis de identidad de todos los tiempos, de modo que si quiero quitarle una puñetera letra a mi nombre, creo que estoy en mi derecho.

Eso era lo que intentaba explicarle a Jai, y no estaba siendo fácil porque, al igual que con el resto del equipo, habíamos sido detectados por exploradores binarios que nos lanzaban una especie de globos alargados de mercurio; tampoco resulta fácil hablar con Jai, salvo que tengas un chip-diccionario insertado entre las orejas. Y no es mi caso.

Jai escuchaba mientras les lanzaba globos de mercurio (que en realidad se llaman vainas de plasma, por si os interesa), y a continuación me preguntó:

—¿Estás total e inequívocamente seguro?

Detrás de él, Jakon se subió de un salto encima de un condensador, se agachó con gran elegancia y comenzó a gruñir mientras buscaba su próxima presa. La versión lobuna y femenina de mí parecía estar divirtiéndose ligeramente con todo aquello. Siempre se divertía, pero supongo que no tiene nada de malo disfrutar haciendo tu trabajo...

—Perdona —dijo abruptamente Jai, apuntando por encima de mi hombro hacia el extremo opuesto de la gran cámara de la central eléctrica. Disparó el emisor, que hizo un ruido como *¡zuip!* Capté de manera fugaz y distorsionada un movimiento a mi espalda, reflejado en la pechera del traje de combate de Jai: un explorador binario montado en una tabla antigraavedad pretendía atacarnos por sorpresa. Entonces la vaina de plasma se estrelló contra él y anuló la fuerza vinculante en su núcleo atómico, que es como Jai lo habría descrito. Yo diría más bien que desapareció en medio de una nube de humo con un ruido como *¡jzzza-ft!!*

Esto hizo que ambos bandos se tomaran un pequeño respiro, que aproveché para preguntar qué había querido decir.

—¿Eh? —dije. (Soy mucho menos elocuente que Jai.)

—¿Estás total e inequívocamente seguro? —repitió con paciencia. Apuntó sucesivamente el emisor en distintas direcciones. *Zuip. Zuip.*

A mi lado, J/O disparaba su cañón láser apuntando a un grupo de exploradores que le atacaban.

—Pregunta que si estás seguro —me aclaró, y puse los ojos en blanco. J/O sí tenía un chip-diccionario entre las orejas, y no perdía ocasión de pasármelo por las narices. Me limité a ignorarlo.

–¿De que quiero cambiar de nombre? Sí.

–No, de que dieciséis años es tu verdadera edad cronológica.

Iba a decirle que, definitivamente, su cerebro empezaba a ser demasiado grande para su cráneo, pero me callé. En cierto modo tenía razón.

Aunque en el Entremedias no viajamos en el tiempo en el sentido más clásico de la expresión, todos sabemos que el Tiempo no es algo independiente y distante de la miríada de mundos que constituyen las distintas versiones del planeta Tierra. Nunca he visto una versión de la Tierra en la que uno tuviera la impresión de que el tiempo transcurría de forma distinta –versiones de la Tierra en las que la gente ha-bla-aa-a-ra... m-m-u-u-y... de-e-e-e-s-p-a-a-a-c-i-o-o... , o en las que todoshablarancomoenunapelículamuda– y, sin embargo, la mayoría de la gente sabía que el tiempo transcurría más deprisa en determinados planos y más despacio en otros. Del mismo modo que sabían que después de pasar algún tiempo en esos otros mundos, tu propia noción del tiempo, por no hablar ya de tu cuerpo, se acostumbraba a su nueva realidad temporal.

He estado en varios de esos planos paralelos desde que entré a formar parte del Entremedias, y eso podía justificar perfectamente la pregunta de Jai, pero solo hasta cierto punto. Por lo que sé, yo podría ser mayor de lo que indicaría mi fecha de cumpleaños. O más joven. El problema es que no hay manera de medir el tiempo transcurrido «fuera» del plano en el que nos encontramos. E incluso si la hubiera, ¿qué hacemos con el tiempo que he pasado en el Entremedias, ese imposible entramado formado por diversas realidades y mundos que los Caminantes usan como atajo para pasar de una realidad a otra? Además, todo era subjetivo, de modo que uno tenía simplemente la edad que creía tener.

Se lo dije a Jai, que me miró como si acabara de explicarle que el cielo es azul. (Normalmente. En este mundo

tiraba más bien a verde.)

–Indudablemente –dijo, y a continuación volvió a desconcertarme–. ¿Y estás total y absolutamente seguro de que tu quididad viene definida por tu apelativo?

–¿Mi qué?

–Tu apelativo. Tu nombre.

–Hasta ahí llego. ¿Mi... qui-da...?

–Quididad. Tu esencia. Las cosas que hacen que tú seas tú y no yo.

–Ni yo conocía esa palabra –admitió J/O, dando la impresión de estar archivándola en alguna parte, que probablemente era lo que estaba haciendo.

–Resulta irónico que me hagas esa pregunta –le dije–, teniendo en cuenta que tú eres yo. O yo soy tú, lo mismo da.

–Y sin embargo todos poseemos ciertas cualidades que nos hacen únicos. La quididad es el conjunto de todos esos detalles característicos que hacen que tú seas tú.

¡¡Zuip. Zuip. Zzzaft!!

Seguí dándole vueltas mientras otro colinabo mordía el polvo. Me estaba acostumbrando a verlo, y eso me tranquilizaba y a la vez me molestaba, no sé si me entendéis. El emisor deshacía la conexión entre los átomos limpiamente. Y después, simplemente desaparecían. Y tampoco eran personas propiamente dichas. Parecían humanos hasta que los veías de cerca; entonces te percatabas de que su piel tenía una calidad cerúlea, como si estuviera a medio hacer, lo cual tenía su razón de ser, pues no eran más que clones hechos de celulosa y materia vegetal. El binario era perfecto como carne de cañón, del mismo modo que los zombis para los ejércitos Maldecimales. De entrada, no merecía la pena sentirse culpable por matar a un ser que estaba prácticamente muerto. Pero aun así me inquietaba que ya no me importara tanto, si es que eso tiene algún sentido.

Iba a decirle algo a Jay cuando oí que Josef se acercaba. Este venía de un mundo mucho más denso que la mayoría de los nuestros, de modo que no era difícil oír sus fuertes pisadas.

—¿Qué pasa, Josef? —pregunté, sin volver la cabeza, pues acababa de detectar otro colinabo.

No contestó de inmediato, así que disparé (*¡zuiip!*) y giré la cabeza.

—Vienen refuerzos —anunció con aire preocupado.

—¿Cuántos? —preguntó Jay, y entonces supe que la cosa se estaba poniendo fea, porque normalmente Jay no formula preguntas de menos de diez sílabas. Josef meneó la cabeza.

—Demasiados como para calcular.

J/O se volvió y miró hacia la pared vacía más cercana.

—Voy a pinchar una de las cámaras de seguridad del exterior —dijo.

J/O es una versión ciborg de mí, procede de una Tierra que se está recuperando de la guerra de las máquinas. Por su cuerpo circula más fluido hidráulico que sangre, de modo que cuando vi palidecer su rostro supe que algo iba muy, pero que muy mal. Era unos años menor que yo, y aunque se defendía bien en las misiones —y se aseguraba de que así constara—, en momentos como aquel su juventud resultaba evidente.

—Vamos a ver —dije.

Tenía un ojo cibernético, casi idéntico al natural salvo por los circuitos que lo atravesaban. Aquel ojo comenzó a brillar y proyectó sobre la pared vacía unas imágenes en blanco y negro del exterior. Al principio no había mucho que ver: más paredes derribadas, vigas al desnudo y cosas por el estilo. Pero luego...

Hubo un movimiento.

Mucho movimiento.

Una multitud de colinabos abarrotaron las devastadas calles; trepando por las paredes, rodeándolas, atravesán-

dolas, incluso saliendo de las alcantarillas y de las grietas del suelo. Solo en los dos primeros minutos pude localizar un centenar de ellos. Y seguían llegando más.

J/O solo había pinchado el vídeo, no el audio, si es que lo había. Era espeluznante verlos avanzar, una oleada tras otra, en completo silencio...

Y entonces me di cuenta de que aquel silencio indicaba también que habían cesado las hostilidades en la central. Los clones vegetales que estaban allí, con nosotros, habían dejado de atacar. Normal: no tenía sentido malgastar efectivos cuando podían sentarse tranquilamente a esperar. Nosotros éramos solo seis y ellos unos quinientos...

De pronto, aquella enorme preocupación por mi nombre no me parecía ya tan importante.

Las paredes y el suelo comenzaron a temblar. Estaban a punto de entrar.

—¿Y ahora qué, imposible líder? —era Jo la que hablaba, otra versión de mí; una chica con alas blancas como las de un ángel.

—Ahora creo que vamos a morir —sentenció Josef. Los tipos grandes suelen tener mucha sangre fría, y no había tipos mucho más grandes que Josef.

Sujeté con fuerza mi emisor.

—No durante mi guardia —dije.

Jakon me miró. Sus ojos brillaron entre el pelo que cubría su cara.

—¿Y qué vas a hacer?

—Algo se me ocurrirá —contesté, con mucha más confianza de la que en realidad sentía.

El disparo efectuado por un colinabo destruyó la cámara que había pinchado J/O. Las imágenes se desvanecieron y en su lugar solo quedaron rayas. Entonces vi que, en el extremo opuesto de la gigantesca sala, los binarios comenzaban a reagruparse. Una ventana que había detrás de nosotros saltó en pedazos, y los colinabos treparon por ella.

Miré a mi alrededor, desesperado. A la izquierda, a la derecha, arriba, abajo; teníamos una rejilla de ventilación justo encima, que probablemente desembocaba en un patio interior, pero no estaba muy seguro de que aquello pudiera resultarnos muy útil. Josef, desde luego, no iba a caber; era casi el doble de grande que yo y unas cuatro veces más denso. Jo tenía alas, pero allí dentro solo podría arrastrarse, salvo que hubiera suficiente magia en el aire para que pudiera volar, y aquel mundo estaba bajo el control de los binarios, mucho más próximos al extremo tecnológico del espectro que al mágico; tampoco podría llevar más que a uno de nosotros, de todos modos.

Alcé el brazo para dar la orden de atacar. No teníamos más tiempo, ni tampoco otra opción. No percibía ningún portal cerca, así que tampoco podíamos escapar por el Entremedias. Si Tono hubiera venido con nosotros en esta misión todo habría sido muy diferente, pero la pequeña criatura pandimensional es un poco como un gato: a veces desaparece de repente y te pasas semanas sin verlo.

Necesitábamos un milagro, pero no iba a confiar en la expresión *deus ex machina* estando como estábamos, rodeados por los binarios.

Íbamos a tener que luchar. Sin embargo, antes de que pudiera dar la orden, el aire que teníamos delante comenzó a brillar. Hacía calor, un calor suave y agradable como el que desprende una chimenea en una noche fría. El brillo adoptó una forma ovalada, y a través de ella entró una niña.

Parecía de mi edad, como mucho. Tenía el cabello negro y despeinado y vestía un extraño atuendo que parecía provenir de diferentes lugares y tiempos: pantalones moriscos, un manto renacentista y una blusa que parecía victoriana. Pero no reparé en todo eso al principio. En un primer momento solo me fijé en sus manos.

En sus uñas, para ser exacto. Cada uña parecía una placa de circuitos. Señaló hacia los exploradores binarios con